

VARIA

ANDANZAS Y AVENTURAS DEL TUDELANO FERMIN ZUBIRI

Por *JOSE MARÍA IRIBARREN*

No hace mucho, hojeando revistas madrileñas de mitades del siglo pasado me encontré en «La Semana» del año 51 con un extenso artículo de D. Antonio Pirala, el célebre historiador de las guerras civiles, donde se referían las andanzas y aventuras de un mozo de Tudela llamado Fermín Zubiri.

La calidad del escritor y el hecho de que el protagonista de su historia fuese un paisano mío atrajeron mi interés hacia ésta desde el primer momento.

Vi que, aun cuando el artículo tenía por título «Episodio histórico-novelesco», se trataba de una historia real que el propio Pirala oyó en Tudela de labios de Zubiri, Releyéndolo con atención me fué posible separar lo que, a mi juicio, había en él de relato auténtico y lo que don Antonio había añadido de su cosecha para extender y amenizar el texto y para conformar determinados detalles de éste con los grabados (extranjeros la mayoría) que lo ilustraban.

Me reduje a efectuar una labor de selección, extracto y variación de estilo. He aquí su resultado:

Fermín Zubiri nació en Tudela por los años de la Francesada. De familia pobre, fué en su juventud mozo de labranza de un labrador muy principal. Cuando Mina en 1830 realizó su fallida intentona sobre Vera del Bidasoa, el amo de Zubiri tomó parte en el descabellado intento y en unión de su criado empuñó las armas en favor del famoso desterrado.

Fracasado el pronunciamiento, Zubiri fué preso y enviado al presidio de Ceuta junto con otros liberales. (¿No iría a Ceuta por algún delito? Digo esto porque el golpe de Mina apenas tuvo repercusión en Navarra y mucho menos en la Ribera).

Sea de ello lo que fuere, el hecho es que nuestro mozo permaneció en el penal ceutí cuatro años, durante los cuales aprendió algunas palabras árabes, que le permitían entenderse con los moros, y muchas picardías.

Vuelto a Tudela en 1834 permaneció un año en su pueblo. Ardía por entonces la guerra civil y, aunque Zubiri había sido (según él) perseguido por liberal, se alistó voluntario con los carlistas, porque un hermano suyo guerreaba en la «facción» y porque en ella estaban la mayor parte de los navarros. El cuerpo le pedía pelea y pólvora. Se presentó al Ayudante y

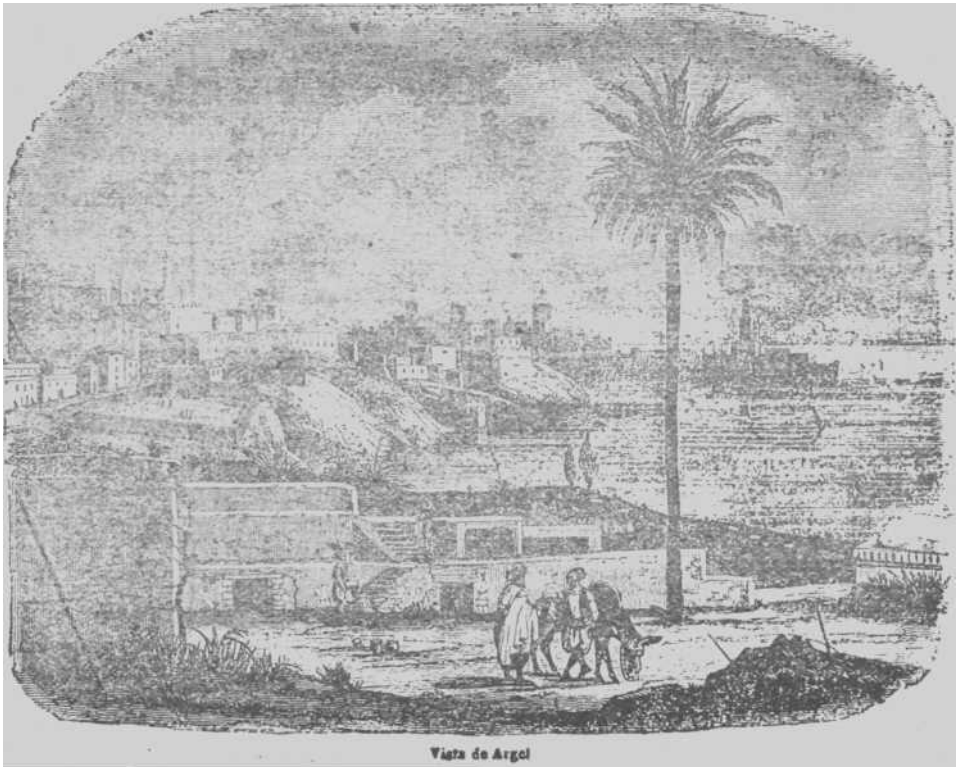
Secretario de Zumalacárregui, a Zaratiegui, que era de Olite, y éste recomendó a Fermín al Tío Tomás.

Zubiri peleó como un bravo entre los carlistas. Nuestro héroe constituía una mezcla humana bastante rara, pero muy ribereña. Avispado y guasón, bruto y francote, dicharachero y simpático. Juntaba a un valor temerario la indolencia del moro, y junto a grandes virtudes poseía tremendos vicios que aprendió en el penal y que le impidieron hacer carrera en la milicia. Su vida en la «facción» fué una sucesión de actos de valor y de excesos punibles que le llevaban con frecuencia al cepo y al calabozo. Era un *truhán muy majo*, como dirían en la Ribera.

Cuando llegó el Convenio de Vergara, Zubiri se internó en Francia con los navarros que se negaron a rendirse y que permanecieron fieles a Don Carlos.

Hecho a la vida militar, a los tiros y a la pelea, le resultaba insoportable la inacción del destierro y así, cuanto el gobierno de Luis Felipe invitó a los restos de las fuerzas carlistas a enrolarse para la guerra de Africa, Zubiri pidió permiso a su exilado Rey y se alistó voluntario en el ejército francés.

En un buque de vela hizo la travesía de Tolón a Argel y en Argel, la ciudad blanca y misteriosa, pasó a formar parte de la Legión Extranjera, donde se reunió con gentes de la más variada calaña y nacionalidad.



Vista de Argel

Por entonces el general Bugeaud reunía sus fuerzas para asestar un golpe decisivo a las inquietas tribus fronterizas de Abd-el-Kader y de Mustaphá: Enterado de que los árabes se organizaban para la guerra, decidió adelantárseles y movió sus batallones desde Oran en dirección a los aduares enemigos.

La marcha fué nocturna y sigilosa; sin tambor ni trompetas, para no ser notados. De madrugada pisaban un terreno erizado de espesos juncos y altaa hierbas marinas. Se escuchaban a gran distancia las voces de los camelleros y el berrido de los ganados que los pastores reunían apresuradamente fuera del aduar.

Sonaron dos tiros, apareció impetuosa la caballería árabe y los franceses se lanzaron contra ella en dos líneas oblicuas, intentando envolverla.

Mientras tanto, el grueso de las tropas europeas irrumpió, con violencia colérica, en el aduar. El espectáculo fué terrible. A los gritos de angustia



de las mujeres y los niños, se unían las imprecaciones de los ancianos y la llamada de los guerreros: Animales, camellos, ovejas y hombres se confundían, con barullo espantoso, bajo el alud de aquella razzia bárbara, implacable.

Nuestro Zubiri, harto de matar moros a bayoneta, espantado de la ferocidad de aquel asalto, tuvo un rasgo de generosidad: se erigió en defensor de las mujeres y les sirvió de escudo contra sus mismos compañeros que, borrachos de sangre, no respetaban "ni edad ni sexo. Todas las hembras del aduar acudieron al lado del navarro; se le abrazaban a las piernas, le besaban los pies, agradecidas a su protección.

En esto, nuevas fuerzas de caballería árabe penetran a galope en el aduar haciendo huir a los europeos. Cuando uno de los jinetes se disponía a dar muerte a Zubiri, suponiendo que éste iba a sacrificar a las mujeres que le rodeaban, todas ellas empezaron a aclamar a su salvador.



El árabe se contuvo; llegaron otros y cogiéndole prisionero se lo llevaron tierra adentro para que les sirviera de rehén.

Los guerreros de Argel reaccionaron y, habiendo reunido nuevas fuerzas, infligieron a los franceses, sedientos y agotados, una derrota descomunal.

Zubiri fué conducido al aduar de Mustaphá cuando éste se encontraba todavía persiguiendo a sus enemigos. A su regreso le presentaron al prisionero español que en lengua árabe imploró su clemencia. El caudillo árabe estaba enterado de la conducta generosa y galante del tudelano y, agradecido a ella, lo tomó a su servicio, conminándole con la muerte si trataba de huir o le hacía traición.

Zubiri se hizo muy pronto con el afecto de Mustaphá y con la simpatía de los que le rodeaban. Les contaba su vida, exagerando mucho sus aventuras, convirtiendo éstas en un cuento de las Mil y una noches. Les hablaba de su ciudad, de la alta alcurnia de sus familiares. Pasaba ante ellos por un egregio personaje que había tomado parte en varias guerras y que mar-

chó al Africa llevado del solo afán de pelear y correr aventuras. Les decía, muy serio, que el árabe se lo habían enseñado en el colegio y afirmaba su admiración por el carácter y costumbres de los hijos de Mahoma.

Se hizo tan admirado de todos y tan grato al caudillo Mustaphá, que éste se aficionó a él y trató de honrarle y servirle.

Y así, cuando preocupado con la guerra solicitó la protección del Bey de Marruecos y le envió una embajada con ricos presentes, quiso que nuestro héroe marchase al frente de ella como regalo que hacía al Bey para que le divirtiera con el relato de sus maravillosos cuentos y aventuras.

El Bey le recibió con todo honor, le alojó en su palacio y le proveyó de lujosos trajes. Con su turbante y su albornoz y su jerga hispano-árabe, nuestro hombre (que era moreno de natural) llegó a parecer tan africano como los que le rodeaban.

El palacio del Sultán marroquí era riquísimo y fastuoso. Tanto brillo oriental deslumbraba a Zubiri. Aquel hombre que había sido generoso con las mujeres gozaba entre ellos y entre ellas de una fabulosa reputación. Era el héroe de Palacio.

Viéndose rodeado de riquezas, le entraron tentaciones de robar y huir a Argel a reunirse con sus compañeros. Pero lo pensó bien. Vió que su posición era envidiable y resolvió quedarse y gozar de la vida.

Tenía gran partido entre las mujeres. Todas querían conocer a aquel galante y valeroso extranjero. Incluso la sultana favorita del Bey mostró deseos de entrevistarse a solas con el valiente paladín tudelano. Hasta que un día, el propio Bey llamó a Fermín y le condujo hasta la puerta de las habitaciones de Ommalismán (la de los lindos collares) que así se llamaba la hechicera mora.

Ommalismán hizo retirarse a sus esclavas y se quedó a solas con el navarro. Le contó éste sus aventuras de España y Francia, fantásticas historias de guerras, desafíos y amores, a través de cuyo relato procuraba ensalzar su decantada galantería con las damas, porque la galantería —dijo— era una de las cualidades distintivas del español.

—No creía yo en vuestro cariño hacia las mujeres —objetó ella.

—No lo dudéis, señora, pues habiendo dominado los árabes en España nos dejaron muchas de sus costumbres y la de ser galantes no la hemos olvidado jamás. En mi país —mentía el tudelano— hay pueblos donde, en determinados días, mandan en todo las mujeres. ¿A que no ocurre aquí esto?

—Efectivamente; pero ¿es tan ardiente vuestro amor como el de los hijos del Profeta?

—Lo es más —replicaba impasible Zubiri— porque nosotros solo queremos a una y no la abandonamos en la vida. En cambio vuestros esposos tienen muchas mujeres.

—Eso prueba que es más ardiente y caudaloso el cariño del árabe.

—Pues en mi tierra el querer a muchas es no querer a ninguna.

—No entiendo bien eso...

Iba Zubiri a explicarse cuando entró el Bey.

—¿Te ha agradado mi huésped? —preguntó a Ommalismán.

—No me ha sido desagradable; parece servicial y muy despierto; me



gustaría que le dieseis un cargo en palacio —dijo ella disimulando el gran amor que ya sanía por. el extranjero.

El Bey complació a su favorita y Zubiri obtuvo un alto puesto en la corte. Días más tarde tuvo lugar la ceremonia de su recepción. Fué conducido al baño con toda pompa. El baño tenía las paredes de jaspe y de éstas y del techo salían un vaporoso rocío. Al cabo de una hora, fué vestido con su nuevo y riquísimo traje y presentado al Bey, quien, después de una serie de ceremonias, le condujo al jardín donde se hallaba Ommalismán acompañada de otras moras notables. El Bey le obsequió con preciosos regalos;

Zubiri estaba hecho un sultán y vivía en el mejor de los mundos. Contaba con el favor del Bey y con el cariño de la sultana. Le envidiaban los hombres, le querían las mujeres. Sin embargo, todo su afán era ser rico, volver a Argel y de Argel a su tierra, a su Mejana.

No sabemos el tiempo que pasó en esta situación. Lo cierto es que un buen día llegó a sus oídos la fama de un santón adivino llamado Bou-Maza (padre de la cabra) que hacía vida de ermitaño en una gruta casi inaccesible, a solas con su cabra que, cual otra ninfa Egeria, le transmitía las inspiraciones de lo alto.



Apenas supo de él, trató de consultarle acerca de su suerte y porvenir, y no paró hasta conseguir del Bey que le permitiera visitar al anacoreta.

A caballo en brioso corcel y al cabo de una larga y penosísima caminata, nuestro Fermín llegó a un paraje fantástico y bravío, el mejor que habían visto sus ojos. Cuando trepó a la gruta del profeta era noche cerrada.

Bou-Maza, apareció en la oscuridad con una tea encendida entre las manos. Era un viejo de aspecto imponente. Flaco de ayunos y penitencias, barbudo, hirsuto, cubierto el cuerpo con harapos, poseía unos ojos profundos de mirada feroz que parecía atravesar las almas.

—Sois Bou-Maza, sin duda.

Siervo de Dios e inspirado del Profeta —le contestó el anciano dando con la frente en el suelo.

—Vengo a consultar vuestra sabiduría.

—Pasad. ¿Qué deseáis de mí?

—Quisiera conocer mi porvenir.

—¿Tu porvenir? ¡La muerte!

—¡Cielos!

—La muerte. ¿Es que te crees inmortal?

—¡Ah! Ya entiendo; queréis decirme que he de morir. Eso me lo sabía yo hace tiempo.

—Entonces ¿a qué vienes a preguntarme?

—Yo quisiera saber si seré rico, si tendré fortuna.

- ¿Tienes ambición?
 —De dinero nada más.
 —¿Juegas?
 —No tengo qué
 —Prueba a jugar te la libertad
 —¿Y seré rico?
 —De todas formas. Si ganas, lo serás, y si pierdes ¿qué falta te hace entonces el dinero?
 —Tenéis razón.
 —Ahora, dejadme, pero antes de despedirte te diré que tu buena o mala suerte dependerá del encuentro que tengas en el camino.



Bou-Maza y su cabra.

Zubiri emprendió el viaje de regreso a la corte del Bey. A las dos o tres leguas de camino, notó que su corcel daba muestras de inquietud y temor. Le espoleó y se negaba a dar un paso. Algo funesto había barruntado. De repente un fuerte rugido le hizo comprender la resistencia del caballo. Estaba a punto de retroceder cuando sintió ante sí una voz humana. A la incierta claridad de la amanecida acababa de distinguir la figura de un hombre que caminaba de espaldas a él, llevando delante un objeto movable; abultado, de forma extraña, una especie de bestia monstruosa.

Se adelantó. El extraño bulio que se movía delante del viajero tenía cuatro patas, dos colas y un cuerpo enorme de dos cabezas. Era —pronto lo comprobó— un gigantesco león negro acomodado sobre un pollino.

—¿Qué es esto? —preguntó con terror al caminante.

- Ya lo véis: un león sobre un asno.
 —Pero el león está vivo.
 —No temáis; es tan inofensivo como el que le conduce sobre su lomo.
 —¿Y es ese león el que ha dado el rugido?
 —El mismo; que tiene devorados tantos animales como personas.
 —¡Vaya! Alá os guarde, compañero —dijo Zubiri disponiéndose a partir al galope.
 —Detenéos — le ordenó el caminante. —Y achacad a la buena fortuna este encuentro feliz. ¿No conocéis la historia del león ermitaño?
 —Nunca oí hablar de ella.
 —Bien se conoce que no sois del país.



Y le contó que cuando los impíos cazadores organizan batidas de fieras, suele ocurrir que algunos leones van a buscar refugio en las ermitas solitarias. Desde el día en que abandonan sus cavernas para guarecerse en estas santas habitaciones cambian de manera de ser y se amansan de modo milagroso. Los rebaños pasan junto a ellos sin que se arrojen sobre el cordero rezagado. Las tímidas gacelas acuden a pastar junto al santuario y juguetean en torno al león sin excitar su feroz apetito.

Cuando esto ocurre, la tribu más próxima a la ermita encarga a uno de sus más sabios habitantes para que cuide del león y le lleve tortas de

leche y otros alimentos. Este trato transforma los instintos de la fiera, que deja de serlo para convertirse en alegría de Dios y en amuleto de felices augurios.

En ciertas épocas del año el viejo marabout que cuida del león pasea a éste por poblados y aduares para impetrar la bendición de Alá sobre las casas, las cosechas, los tullidos, los ciegos y las estériles. Las limosnas que recoge a su paso las emplea en alimentar al león. En ocasiones, y para que éste no se fatigue, le hace cabalgar sobre un asno.

Este león que véis —prosigió el viejo— habita hace cuatro años en la ermita de Sidi-Boumedín. En su juventud devoró más carneros, cabras, gacelas, hombres y caballos que yo podría contar; hasta que, sacudido por los remordimientos, fué a acogerse bajo la bóveda que guarda las cenizas del más venerado de nuestros santones. No bebe más que leche, ni come más que dátiles, pastelillos y, de vez en cuando, viandas más fuertes que hay que hacerle aceptar.

El marabout contaba esto tan seriamente que Zubiri se quedó de una pieza. No sabía si hablaba con un loco o con un ser superior, de otra especie que los demás humanos.

Continuaron caminando en silencio. El tudelano, que no las tenía todas consigo, puso en manos del viejo unas monedas y le pidió que le mostrara el camino de Marruecos.

—¿Lleváis alguna comisión?

—Ninguna. Vengo de la morada de Bou-Maza.

—¿Es que sois de los suyos? —inquirió misteriosamente el marabout.

Zubiri no le comprendía, pero le respondió que sí.

Entonces el anciano, acercándose a él con confianza, le habló en términos exaltados:

—Es preciso no dejar un francés con vida. Ninguno de esos verdugos aborrecidos debe salir de esta tierra sagrada que tratan de robarnos. Hoy nos oprimen y nos hacen la guerra; pero Alá es justiciero y no consentirá la victoria de nuestros enemigos. Bien, muy bien, te felicito —prosigió el viejo— pero ¿y si en lugar de ir a Marruecos quisierais encargarnos de una misión secreta, importantísima para el país y muy beneficiosa para vos mismo?

—¿Cuál?

—¿Queréis ir a Argel?

—Estoy dispuesto —dijo Zubiri disimulando su alegría.

—Pues escuchad. En cuanto lleguemos a aquel poblado os daré un guía y un pliego. El guía os conducirá a Argel, a una casa donde os darán alojamiento. En el pliego se os instruirá de lo que habéis de hacer. Se trata de salvar nuestra independencia, de arrojar del país a los invasores.

El viejo marabout instruyó de palabra a Zubiri acerca de su plan. Consistía éste en apoderarse por sorpresa de Argel y dar muerte a todos los franceses que la guarnecían.

Llegaron al poblado; tomó Zubiri el pliego y acompañado por el guía volvió a montar en su magnífico caballo camino de la soñada Argel.

Llegados a las puertas de la plaza, nuestro hombre, de acuerdo con las

órdenes recibidas, se hizo pasar por un francés que volvía de viaje con su criado moro, y le dejaron el paso libre.



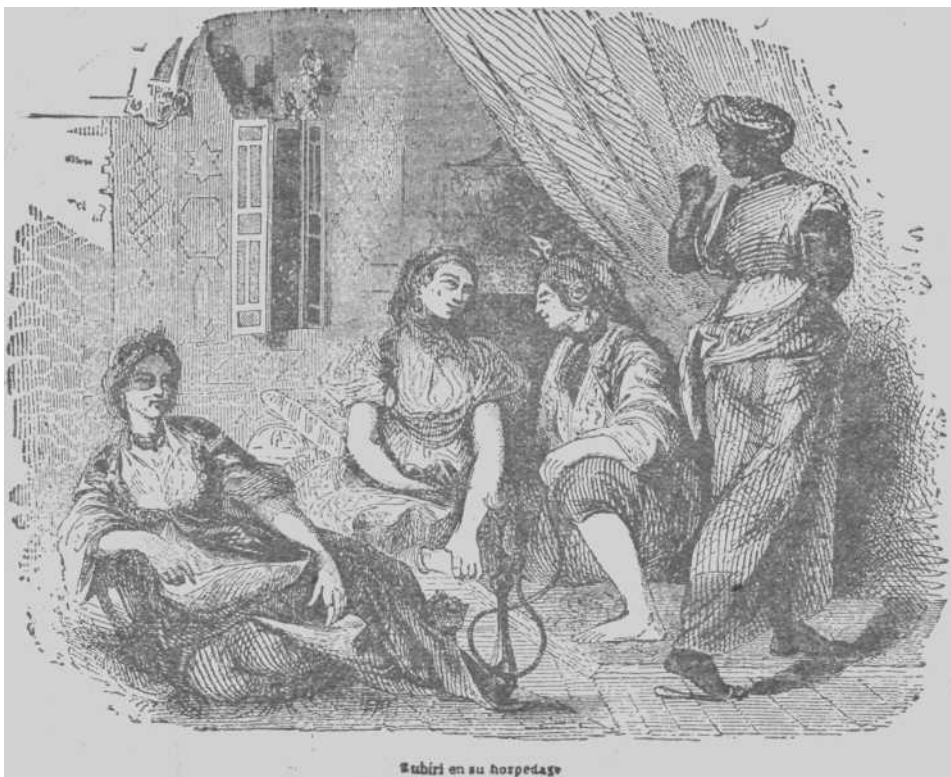
Su guía le condujo a través de intrincadas y sucias callejuchas a una casa de humilde aspecto. Les recibió una hermosa joven mora que al momento conoció al guía. Este y Zubiri fueron obsequiados con opípara mesa y antes de terminar el ágape se presentaron en la sala dos árabes a quienes nuestro hombre entregó el pliego que llevaba. Inmediatamente le condujeron a una estancia contigua donde se hallaban reunidos como unos cuarenta conjurados.

Se dió lectura al pliego. Según él un gran número de tribus esperaba el momento de lanzarse sobre la ciudad. Los argelinos que habitaban en ella abrirían las puertas a sus libertadores y pasarían a cuchillo a los soldados europeos.

Tratóse luego de los medios de ejecutar el golpe y se fijó el día y la hora en que tendría lugar. Acordes todos los reunidos, volvió a partir el guía de Zubiri llevando la contestación al poblado de donde procedía. Los conjurados se retiraron y Zubiri se quedó en la ciudad como personaje necesario para sus proyectos.

Apenas se vió solo comprendió en un instante cuál era su deber y se propuso cumplirlo al día siguiente.

La casa donde se alojaba era una casa alegre (para no despertar sospechas) y el tudelano se gastó aquella noche todos los cuartos que llevaba encima.



En cuanto amaneció salió, sin ser notado, corrió al palacio del Gobernador y le contó cuanto le había ocurrido desde el día en que fué hecho prisionero. Delató la conjura (no citando personas ni lugares en agradecimiento a la hospitalidad recibida) y como días antes el Gobierno francés había ofrecido cinco mil francos a quien descubriese las actividades del enemigo, el Gobernador, tras de felicitarle, le hizo entrega del premio.

El tudelano, viéndose rico en un instante, marchó a abrazar a sus antiguos compañeros de la Legión.

Aún seguía contándoles sus aventuras cuando sonó el toque de llamada. Corrieron todos a las armas, incluso Zubiri, y minutos después abandonaban la ciudad todas las fuerzas de la guarnición, salvo un número reducido **que** quedó vigilando las puertas y murallas.

A los dos días de esta marcha tuvo lugar un sangriento y enconado combate en el que la victoria quedó de parte de los europeos. Fermín, en esta acción, se portó tan heroicamente e hizo tales alardes de bravura y

coraje navarros, que entre otras gracias que se le concedieron, fué una de ellas la de formar el primero de todo el ejército.

Aquella noche, en las tiendas francesas se armaron timbas animadísimas. Como el botín fué muy cuantioso, todos los soldados jugaban. El corro más nutrido fué el de Zubiri, quien, por ser el más rico de todos, atrajo junto a sí gran cantidad de jugadores.

Cuando sonó la diana, Zubiri seguía jugando. Y perdiendo que era lo peor. Poco después, las cornetas tocaron llamada y se dió la orden de pasar revista.

—¡A las armas! —gritó uno de los del corro.

—Espérate —dijo Zubiri.

—Si no te queda ya nada ¿qué vas a jugar?

—¿Que qué voy a jugar? Mis zapatos. Miradlos; anteayer me los dieron.

—¿Contra esta moneda?

—Vaya.

En tres segundos se quedó descalzo.

En esto llegó el cabo que, a vergajazo limpio, hizo correr a los remisos jugadores.-

Zubiri se apartó unos instantes y se quitó la mochila. Poco después se incorporó a la fila de la revista, erguido como un huso, grave y marcial.

Cuando el general se acercó a él, le saludó cariñosamente:

—¡Bien por los bravos! Sois un héroe. ¿Dónde nacisteis?

—En Tudela.

—¿En Tudela? ¿Sois español, no es eso?

—Sí, mi general.

—¿Y querriáis volver a vuestra patria?

—Con toda mi alma.

—Está bien. Me gusta vuestra apostura militar pero... ¿qué veo? ¿y vuestros zapatos? —preguntó sin poder contener la risa.

Zubiri, a falta de calzado, había aprovechado los instantes que mediaron entre la llegada del cabo y la formación para teñirse con betún los pies desnudos y dar brillo a su empeine.

—Vamos, contestad —añadió el general, tratando en vano de aparentar severidad.

Zubiri permaneció callado.

—¿Sabéis la pena en que habéis incurrido?

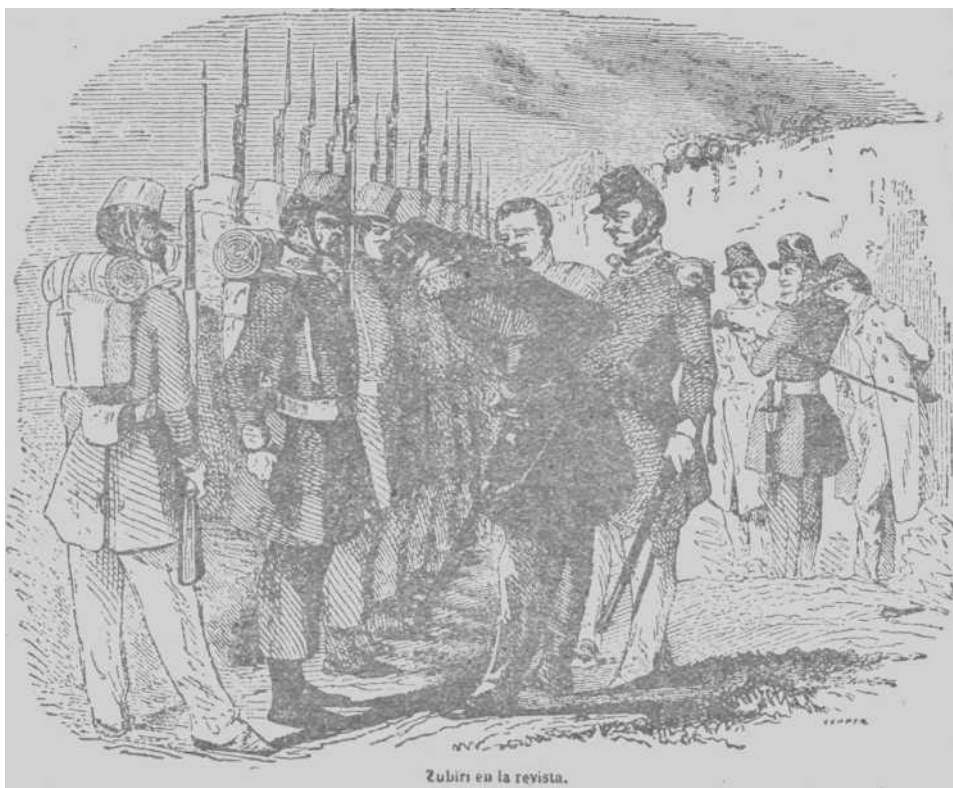
Continuaba nuestro héroe serio, impasible, con tan ridícula y postiza gravedad, que el general soltó la carcajada y siguió su inspección.

Cuando le vió alejarse, refunfuñó Zubiri:

—No necesito zapatos para vencer a los moros.

El general le oyó perfectamente, pero no le hizo caso.

Al terminarse la revista el ejército recibió orden de regresar a Argel, y en el instante mismo de ponerse en marcha, un oficial hizo entrega a Zubiri de un caballo precioso. Se lo enviaba el general «para que conservara en la marcha, sin lastimarse, los pies con que sabía vencer a los enemigos».



En cuanto llegó a Argel, le entregó el mismo general, su licencia absoluta, le regaló el caballo y (sabiendo que estaba sin blanca) le dió mil francos para el viaje.

Es de creer —aunque esto no se dice— que los mil francos se los jugaría en el camino.

Fermín Zubiri llegó a Tudela «y hoy —termina Pirala— se encuentra en su país, donde nos ha referido lo que nosotros al público».

Pamplona, agosto, 1944.

NOTA BIBLIOGRAFICA. «Episodio histórico-novelesco» por A. Pirala. «La Semana-Periódico pintoresco universal». Madrid 1851, números 99, 100, 101 y 102.

Los grabados del presente artículo están entresacados de los que ilustran el texto de Pirala.